

## LA MÍSTICA DEL VOLUNTARIADO

*Conferencia dictada el Martes 7 de febrero 2006 por María Mercedes de Brigard.*

Todas las personas siempre tenemos algo que aportar y cuando se presenta una ocasión, un trabajo, en que se puede materializar ese aporte, de repente nos damos cuenta que estamos trabajando como "voluntarios" – palabra que se mira con desdén y se asocia con la idea de un grupo de señoras que no tiene nada que hacer – para sacar adelante un proyecto, una idea, un sentimiento común.

Así fue como nació Red PaPaz, recogiendo el sentir de muchas personas que se acercaron con sus ideas y su deseo de trabajar por una causa común. Y fue muy sorprendente encontrar que tanta gente quisiera trabajar sin recibir remuneración ni beneficios a corto plazo. Y es muy grato reconocer hoy que gracias a esas personas, esos "voluntarios" capaces de meterle todo el corazón y toda el alma, la Red PaPaz haya conquistado el lugar que ocupa en el presente.

Es claro que aunque se ha logrado mucho, hay aún mucho más por hacer y aparecen momentos donde la gente quisiera que las cosas fueran inmediatas, exóticas, cosas como por ejemplo que Caracol nos llamara a preguntar ¿Qué quieren en la programación? O que la sociedad se transformara ya, mágicamente. Los cambios sociales y culturales son tremendamente lentos y requieren de gente que sea capaz de pensar en la humanidad dentro de 500 años. Es lo que se necesita cuando se emprende una tarea como la de Red PaPaz: Ser capaces de imaginar que probablemente no veremos los resultados del trabajo que hacemos; que lo verán nuestros nietos cuando, el día de mañana, la Red sea algo verdaderamente presente, reconocida por la gente en todas partes, y ante esta realidad ser capaces, sin embargo, de comprometernos hoy y creer en las posibilidades que tiene la ayuda humana. Es desde esta perspectiva que se ha enfocado la charla de hoy.

En el intento de teorizar sobre lo que sucede cuando los seres humanos nos agrupamos para hacer algo, para ayudarnos, lo primero que hay que hacer es plantearse algunas preguntas fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Quién es? No se puede ser un práctico que va por la vida simplemente haciendo cosas y cosas. El hombre debe detenerse y preguntarse: ¿Para dónde voy? ¿Qué pretendo? ¿Por qué me meto en esto? Y en esto del voluntariado, que finalmente es el tema del servicio, preguntarse: ¿Quién soy? ¿Quiénes son los demás? ¿Qué creo yo que tenemos en común los hombres por lo cuál yo hago algo por los demás? Y vienen entonces preguntas cruciales: ¿Por qué los hombres vamos a tener que servirle a otros hombres? ¿De dónde puede nacer esto? ¿Quién cree uno que es el hombre? ¿Cuál es su concepción antropológica?

Si se mira desde la perspectiva religiosa, sin ninguna confesión en particular, el hombre está en función de la divinidad: O es una creación de la divinidad, o emana de ella, pero en todo caso procede de la divinidad y el propósito de su paso por la tierra es volver a la divinidad. Algunos lo miramos desde la perspectiva cristiana a través de la cuál construimos una relación personal con Dios, donde Dios es Creador y en el momento de

nuestra muerte volveremos a Él. Otros lo ven de otras formas, como que se van a fundir en el todo que es Dios, o en Dios como el eterno retorno – que está un poco de moda actualmente. Todas son concepciones religiosas donde lo que integra a todos los hombres, lo que los une y los hace ser de lo mismo es que proceden de una misma divinidad, divinidad que los va a acoger después. Es el punto que une a todas las religiones.

Esta manera de ver al hombre es una donde resulta más fácil el tema del servicio porque cuando se concibe al hombre como ser trascendente no hay soledad en el trabajo por el bien de la humanidad pues siempre existe un referente externo que brinda otra fuerza distinta en los momentos de desaliento.

Si nos remontamos a las filosofías clásicas, en la antigua y la medieval, los filósofos pensaron en el hombre como un animal racional. Lo que nos une como hombres es la racionalidad. Lo que nos une a los animales es la animalidad. La biología es la que nos hace pertenecer a esa gran clase de los animales. Lo que Reduce la clase y la vuelve solamente de los humanos es la racionalidad: Somos animales racionales, y como somos racionales, y como somos esa clase particular, nos sentimos seres diferentes a todos los demás que hay en la naturaleza. Sentimos que la naturaleza está allá y aunque seamos una parte de la naturaleza nos sentimos tan especiales que no sentimos ser uno más de la naturaleza. Esta postura está de moda, así como la corriente ecológica que establece que al ser uno más de la naturaleza se es parte de sus ciclos naturales. Los hombres, sin embargo, nos resistimos a ser solamente uno más: Hay algo que nos hace diferentes y es el hecho de dominar la naturaleza. Somos el único ser capaz de hacer injertos de mandarina con guayaba, y desde esa perspectiva existe también una mirada: Somos los dueños de la naturaleza; el ser más importante. Y eso nos une como en una solidaridad: Allá están los perros; allá los leones y aquí los hombres. Y eso nos convoca.

El siglo pasado presenta una ruptura en la concepción del hombre como animal racional al evidenciar que existen muchas cosas profundas en el hombre que no se pueden enmarcar en el tema de la razón. Surgen otras miradas, muy características del siglo XX. Los existencialistas plantearon que no era la esencia de ser animal racional lo que definía al hombre, lo que lo determinaba era la capacidad propia de construir su esencia, de ser lo que se quiera ser. Y eso mismo termina diferenciándolo. Así, no puedo decir que mi esencia sea la misma, por ejemplo, que la de Amparo Grisales. Personalmente no es esta la postura con la que más me identifico.

Esta mirada nueva, que contempla al hombre como capaz de construir su esencia y capaz de diferenciarse dentro de su especie en la medida en que quiere ser más persona y busca cosas distintas nos lleva a preguntarnos ¿Qué nos hace ser lo mismo que un atracador? ¿Qué nos hace ser de la misma especie que el señor Manguso? ¿Qué nos hace ser de la misma especie que una reina de belleza? ¿De la misma especie de un santo? Y es necesario hacerse estas preguntas y responderlas porque allí está, con claridad, la razón de por qué nos sentimos afiliados a esta especie y por qué sentimos que la especie merece que trabajemos por ella como lo estamos haciendo en Red PaPaz y como lo hacen cantidades de personas. Cuando nos asomamos al mundo, contraria a la imagen descorazonadora que transmiten los medios, encontramos que existe una cantidad de personas haciendo el bien solamente porque aman a la humanidad, porque sienten que la humanidad merece que uno trabaje por ella. Y aman a la humanidad o desde la perspectiva trascendente de ser criatura por ser creación de Dios o desde la perspectiva,

a ras de tierra, de ser parte de la misma especie, y encaminan su vida de acuerdo con ello.

Y es necesario hacerse estas preguntas y responderlas porque es la única forma de mantener la fortaleza cuando surjan los momentos de desánimo y cansancio y nos agobien pensamientos de ¿Por qué estoy haciendo esto? ¡Que camello!... estoy quitándome tiempo de sueño: Vengo a esta conferencia y hubiera podido dormir un rato más... me estoy metiendo en un tráfico terrible... estoy quitándole tiempo a mis hijos.

Los seres humanos nos relacionamos con otros, siempre estamos con otro, en función de otro. Yo estoy acá pero siempre frente a mí tengo a otro, y ese otro es de naturaleza diversa y tiene muchas relaciones. Yo tengo muchas relaciones: Soy mamá de mis hijos; soy empleado de un patrón – el otro es la autoridad que está sobre mí -; soy colombiano entre colombianos – el otro es alguien que nació en el mismo sitio que yo -; soy extranjero entre muchos de otras regiones, o soy el de acá y el otro es el extranjero. En fin, el hombre tiene una gran cantidad de maneras de relacionarse con los otros y en la medida en que se relaciona surgen conceptos de relación: religiones, ideologías, grupos políticos, familias.

El hombre está relacionándose permanentemente y aunque mantiene siempre su esencia y sus convicciones, es diferente en cada lugar en que se relaciona. Sin duda nos comportamos distinto cuando interactuamos con los miembros de la Junta Directiva de la empresa donde trabajamos que cuando estamos en casa. La cantidad de relaciones que tenemos nos hace pertenecer a una cantidad de grupos diferentes. Todos - hasta los ermitaños que en el caso último pertenecen como mínimo a una región – estamos inscritos en algún grupo, zona, región, ideología o algo más que nos une. Pero eso que nos une como pertenecer al mismo país, a la misma religión, al mismo colegio, es también lo que nos divide. Es la causa de las guerras, de los conflictos profundos, de patriotas hasta la muerte capaces de asesinar al que está al otro lado de la frontera. Las mismas razones que hacen que nos amemos los de “acá” hacen que miremos a los de “allá” como a los de afuera de “acá”. Esto es parte de la paradoja del ser humano: Que aquello que hace surgir en el hombre lo mejor de sí mismo también hace surgir lo peor que tiene. Eso que me integra y me lleva a darle todo a un conglomerado puede producir en el conglomerado la posibilidad de odio hacia los que no pertenecen al conglomerado. El odio es una palabra extrema, esto hace la diferencia. La distancia hace que Usted y yo no seamos de los mismos.

Es muy importante reflexionar sobre estas paradojas de la humanidad cuando nos resolvemos a hacer algo en que estamos parados simplemente en el amor a la humanidad. Tenemos que tener la capacidad de ver cómo es la humanidad. Por ejemplo, los voluntarios de la Red de padres podemos trabajar y hemos trabajado por los niños colombianos, pero quizás nuestra primera motivación han sido nuestros hijos y los hijos de nuestros amigos y las personas que tienen sus hijos en nuestros colegios. Ha sido el comienzo, pero tenemos que decirnos que no nos vamos a quedar aquí, que la Red no se va a circunscribir a unos pocos, que nunca se va a cerrar sino a tener una mirada universal. Nuestra tarea, por ahora en función de los niños colombianos, nunca puede ser distante de los niños del mundo entero. Porque cuando no diferenciamos entre los niños con riesgo de secuestro – que quiero proteger – de los niños con riesgos de maltrato, de ser abusados, de ser avasallados por la sociedad de consumo, encontramos que nuestra

tarea son "todos" los niños y no tenemos una fundación para no querer al otro, sino, por el contrario, una organización de brazos abiertos.

Los humanos nos organizamos en sociedades que son institucionalizadas por el estado quien las organiza y les confiere identidad jurídica. Como conglomerado establecemos límites, normas y códigos y nos organizamos en familias, iglesias, naciones, y otros grupos, y como grupos buscamos protegernos. Actualmente, por ejemplo, en que se debate el si o no al matrimonio de homosexuales, nuestro sector que se ubica desde la perspectiva de la familia, del matrimonio, dice NO. Nosotros concebimos la familia como una organización buena con características que le sirven a la sociedad, también pensamos que el estado es una organización buena que le sirve a la sociedad y que organizarnos en iglesias es algo bueno que también le sirve a la sociedad. Permanentemente los humanos nos hemos ido organizando en instituciones que tienen peso importante y gozan de derechos en la sociedad, tienen voto y se les consulta.

Una de estas instituciones u organizaciones que nos conglojera y en donde nos movemos es la ciudad. Somos ciudadanos. Estamos , en general, organizados en ciudades, ciudades enormes en las que todos somos anónimos. Aquí, en el auditorio, estamos muy protegidos, nos miramos a las caras y nos parecemos amorosos, pero si nos paramos en Chapinero, o en cualquier parte de Bogotá, somos uno entre miles. A menos que nos encontremos con alguien conocido somos un pobre infeliz, junto a otra cantidad de pobres infelices, que camina presuroso - como protagonista de esas películas urbanas en que la gente camina y camina por el centro de la ciudad - cruzándose con otros. Esa es la vida en la ciudad, caracterizada por el anonimato, que nos ha tocado en suerte.

Somos un montón de gente - ocho millones según el censo - que tenemos que convivir con unas normas y unos códigos y nos relacionamos en unas cosas fundamentales. Pero somos anónimos y no nos gusta ser anónimos. Se podría hacer toda una teoría sobre el anonimato pues aunque nos disgustaría que nos atacaran los periodistas, no es verdad que nos guste ser anónimos (Como a Carolina, que ya la asaltan los periodistas y dentro de cinco años no va a querer salir de la oficina por los periodistas). No queremos ser asaltados por los periodistas pero queremos ser alguien que tiene que ver con algo. En la sociedad la gente se asocia para cosas especiales: Para proteger a los animales, para cuidar el medio ambiente... Hay muchas cosas por las que la gente se asocia, por las que resuelve unirse y trabajar juntos en función de una tarea. Esta ciudad que despersonaliza nos da, paradójicamente, la opción de personalizar dentro de una cantidad de gente. También nos brinda la oportunidad de reconocer la diversidad a través de la cual podemos, siguiendo el lenguaje de los existencialistas, establecer relaciones que nos hagan "más persona", mejores personas. En la medida en que nos reunimos con otros, o trabajando solo, dedicamos el esfuerzo a cosas de mayor altura y causas nobles somos "más persona" que si simplemente nos levantamos, comemos, trabajamos, conversamos y nos volvemos a dormir, lo mismo, todos los días. Esta clase de asociaciones hacen que las personas se sientan valiosas y "más persona", desde una secta cualquiera hasta Amway, con el riesgo de que lleguen incluso a alienar. De seguro hemos encontrado personas que se hacen inaguantables: hablan todo el tiempo de lo mismo, no comen sino "de eso", dejaron a sus hijos, a su marido, a todo el mundo y todo porque se metieron en Amway, Herbalife o cualquier cosa similar, y uno les pregunta el Lunes, ¿Qué vas a hacer? - Estoy en conferencia; el Martes? - En seminario; el Miércoles? - En reunión. Y cuando esto se vuelve la fuerza vital se convierte en algo que aliena.

Algo que propicia que esto se presente es que nuestra sociedad siempre tiene y tendrá necesidades humanas que el estado es incapaz de satisfacer, por más social que sea su enfoque, puesto que la humanidad va creando nuevas necesidades. Hoy, por ejemplo, tenemos medios de comunicación que antes no existían y la sociedad tiene la necesidad crucial de controlar estos medios. Cada época tiene necesidades específicas, diferentes a las de otros tiempos, y a partir de ellas se manifiesta lo que llamamos la filantropía, el amor al hombre. Los filántropos son esas personas que siempre están pensando en hacer mejor a la humanidad porque la aman y buscan satisfacer las necesidades, que, como se dijo atrás, nunca se detienen. En la medida en que el hombre va progresando, en que la ciencia avanza, se requieren hombres más preparados. En la medida en que la genética avanza, se necesita que surjan pensadores que conformen la bioética. Hombres que teoricen y regulen y consigan que todo lo que el hombre va descubriendo sea utilizado en beneficio de la humanidad. Esa es la filantropía. Requiere que estemos alerta al desarrollo de la humanidad y que seamos capaces de ayudar a satisfacer una necesidad básica, con independencia del papel que tengamos, funcionario público o no, profesional, empresario o cualquier actividad que desempeñe. En general todas las profesiones suponen ayuda a la humanidad. Hay algunas especializadas en ayuda y servicio a la humanidad: Un médico está concebido para estar al servicio de los demás, igual un profesor, un trabajador social o un psicólogo. En otras la relación quizás no es tan explícita, y existen otras que se convierten en oficios mercantilizados y terminan por usar al género humano. La filantropía es la capacidad de prestar unos servicios que la sociedad necesita pero que nadie se siente obligado a prestar. Hoy día, por ejemplo, se necesita que exista un control complementario de la ley para que en los expendios de alcohol no se les venda a menores. Esta es una necesidad absolutamente sentida puesto que nuestra sociedad necesita que se proteja a los menores. El estado tiene esas funciones pero no alcanza a cumplirlas, siempre será insuficiente y es entonces cuando surgen los voluntarios diciendo: Vamos a ayudar en esta función de proteger a los menores de edad, vamos a ayudar a los viejos; vamos a proteger el medio ambiente. Eso es ser filántropo, decidir voluntariamente echarse una causa a los hombros.

Cuando se toma esta decisión los que miran de lejos tienen una primera sospecha: ¿De que secta será? ¿De que me empezará a hablar ahora? La gente siempre tiene esa sospecha y cuando empezamos a echarles nuestro cuento poco a poco se van acercando. Podrán pensar que estamos un poco locos y tendrán reticencias, no vayamos de pronto a tener un ataque! Eso que hemos definido como filántropos es lo que acá, nosotros, vamos a llamar voluntarios porque es lo que hacemos: Asumimos una causa en la que creemos profundamente y nos metemos de cabeza. No es tarea fácil, menos porque en el camino nos empiezan a mirar como diciendo: Pobre esta señora! Tan beata! Y a nadie le gusta eso. En esta tarea tenemos gran cantidad de riesgos que son cuestión de respeto humano, de falso respeto humano. ¿Qué pensarán de mi? ¿Cómo me estarán mirando? Debemos saber que en el imaginario colectivo ser un voluntario equivale a ser un charro, una persona sin nada que hacer, que anda ocupando su tiempo en pendejadas, en cosas que no son importantes. Es un imaginario muy pesado que viene heredado de una sociedad que estaba dividida en la que los señores trabajaban y producían dinero mientras las señoras que querían hacer algo y trabajaban sin producir dinero se dedicaban al voluntariado. Para eludir esto quizás nos sentaría mejor llamarnos "donadores de tiempo" – además suena mas chic – pero no, resulta que somos "voluntarios" y tenemos la misión de rescatar y elevar el nombre pues la sociedad mira con desdén muchas cosas que o debería.

¿Qué tiene que tener un voluntario?

Debe tener un profundo amor a la humanidad. Amar a esta especie y a todo lo que a ella pertenece.

Debe tener fe. Con frecuencia nos preguntan si de verdad creemos que lo que hacemos va a cambiar algo. Estamos seguros de que todo lo que hacemos tiene incidencia en algo y trae una consecuencia, buena o mala. Por eso, y porque creemos en la humanidad, moderamos nuestros actos. Porque creemos que nuestros actos tienen incidencia en los demás cuidamos los recursos naturales. Si no tenemos la conciencia de cuidar el planeta no lo vamos a lograr. Un ejemplo simple es como cuando nos bañamos y nos echamos toda el agua caliente pensando en que ello no va a hacer que se acabe el agua del planeta, así mismo es cuando no creemos que nuestros actos tengan incidencia sobre todo. Cuando creemos en el poder de la humanidad de transformarse a sí misma y de ser capaz de producir efectos o maravillosos o terribles para sí y para el planeta tenemos, por obligación, que creer en el poder de cada acto de cada ser humano pues con cada acción se toca el universo y de alguna manera se le afecta. Cada acto bueno produce resultados inimaginables y nos permite concluir que nosotros, con nuestras acciones, podemos transformar la suerte de la humanidad. Debemos ser capaces de creer en esto, y creerlo en el largo plazo. No tener la expectativa de la inmediatez, como comentaba Enrique Peñalosa en una conferencia en el Colegio Andino sobre el sentido de las cosas a muy largo plazo, nos da la fuerza para imaginar que lo que hacemos va a producir resultados. Así, cuando el comité de monitoreo está grabando un programa debe estar seguro que ese trabajo agotador tiene efecto en la humanidad. Es a través de la Red que podemos transformar la humanidad. La Red, per se, no es nada. Somos los voluntarios que nos creemos capaces de producir transformaciones los que le damos vida.

Un voluntario debe tener una conciencia profunda de que la tarea que se ha impuesto es necesaria, de que la tarea asumida no es una simpleza. No vamos a la Red porque esté de moda o sea entretenido sino porque mi labor es fundamental. La labor de proteger a los menores es fundamental y la tenemos que hacer. Vivimos en una sociedad en la que hay unos intereses enormes: intereses de carácter empresarial que borran al hombre de su panorama porque perjudican seriamente a los menores de edad. Como voluntarios debemos creer firmemente en esta tarea. Hay momentos fogosos y otros tremendamente rutinarios y si no tenemos conciencia de lo necesaria que es nuestra tarea podemos desistir, con la grave consecuencia de que si solo nosotros estamos detrás de la tarea, y no la hacemos, entonces ¿quién la hará?

Como voluntarios debemos entender la tarea desde una perspectiva global. Tomando de nuevo como ejemplo el caso del monitoreo, que dada su característica de continuidad es una de las labores mas fatigantes debido a que los programas de Radio y Televisión se deben grabar siempre para garantizar que cuando se emita un programa que no sea benéfico para nuestros menores lo podamos tener disponible y podamos adelantar las acciones pertinentes, debemos enfrentar la tarea no como la sola grabación, sino entender el proceso a la luz de los menores, en un panorama donde existen unos medios de comunicación cuyo negocio es producir programas que dejen ganancias, y para ello empiezan a incorporar cantidades de cosas a los programas para subir el rating y producir y ganar más. Creemos que el directivo no está pensando ex profeso en causar daño a los menores sino en producir y vender más, y no ve más allá de ello. Nosotros, en el otro extremo, si podemos ver los efectos negativos porque nos mueve un interés diferente. Nuestra preocupación apunta a la manera en que los programas benefician a los menores

y, desde esta mirada grande, apropiarnos de la idea que estamos trabajando por todos los menores colombianos, empezando, si nos sirve, por pensar en nuestros hijos, nuestros sobrinos, los hijos de nuestros amigos. Es imprescindible construir una mirada global para vislumbrar el panorama total y tener la convicción absoluta del valor esencial de la acción individual en un propósito global.

El compromiso del voluntario debe ser serio para que no se desista a mitad de camino, restando importancia al hecho por tratarse de algo "voluntario". Se debe tener la certeza de sentirse obligado tanto por lo fundamental de la acción como por el efecto en la acción grupal de lo que cualquiera deje de hacer. Los colombianos no hemos adquirido íntegramente la mentalidad del trabajo voluntario, seguimos siendo totalmente individualistas lo que dificulta aún más los compromisos de acciones colectivas. Aún escuchamos con frecuencia frases como "yo voy cuando pueda, cuando tenga tiempo, total, como no me pagan!". El compromiso es muy importante para la Red pues cada actividad y tarea están planeadas y deben llevarse a cabo. Como voluntarios debemos estar conscientes de que nuestro trabajo afecta al de los demás y ello debe servirnos de fuerza para continuar. En adición, el compromiso debe extenderse a nuestras familias de forma que respeten, aprecien y apoyen nuestro compromiso. Para ello es vital el equilibrio que tengamos evitando la alienación; sabiendo cómo, cuando y donde hablar, y en general propiciando que la familia se involucre en la tarea, que aporte y comprenda que nuestras acciones buscan el beneficio de todos de forma positiva, construyendo en lugar de destruir. Debemos, idealmente, enamorar a la gente que nos rodea en este trabajo para conseguir su apoyo en los momentos que lo requiramos y su soporte para la realización de nuestras actividades. En la medida en que otros participen de lo que hacemos conseguiremos mayor colaboración.

El voluntario debe vivir el sentido del deber por el deber mismo y ser capaz de comprometerse sin esperar remuneración, felicitaciones o premios. Simplemente porque reconoce que hay que hacer lo que hay que hacer. Ello representa un logro moral muy alto de hacer lo necesario porque por sí mismo es bueno. Los voluntarios también debemos tener sentido de trascendencia; saber que estamos acá de paso y que debemos contribuir, fundamentalmente, a que ese paso deje huella y cuando, al otro lado, nos pidan cuentas tengamos el deber cumplido. Dejar huella es un deber. Querer que, al morir, hayamos dejado huella en la humanidad.

Como voluntarios debemos tener capacidad de motivación interna. Está muy de moda disculpar todo porque "no estamos motivados". Nos debe mover un sentido profundo, que actúa solo porque creemos en él. No podemos esperar que la motivación venga de afuera pues a veces pasa mucho tiempo sin que existan elementos de motivación externa. Tenemos que tener el motor adentro, movernos por nuestro propio querer.

Los voluntarios debemos ser capaces de ponernos nuestras propias normas y ser nuestros jefes en el cumplimiento de las tareas, dando alta prioridad a nuestro compromiso y actuando consecuentemente.

La paciencia es una cualidad de los voluntarios. Al principio éramos muy impacientes y queríamos que todo se diera de inmediato... Que llegáramos a la CNTV, pusiéramos la queja y al otro día tuviéramos respuesta. La realidad muestra que el trámite de una queja puede tardar hasta 3 años... y el programa sale del aire cuando ya lo vio todo el mundo. Hemos aprendido a ser pacientes. Debemos comprender que lo que estamos haciendo va

a tener un efecto pero que no todo se mueve a nuestro ritmo o al que quisiéramos... Cuando mandamos una queja a la CNTV quizás es el punto # 46 de la agenda y nos recuerda que los cambios culturales sustanciales en pro de una sociedad donde se empiece a mirar a los niños con otros ojos toman mucho tiempo.

Otra cualidad de los voluntarios es la generosidad, aunque sea un concepto que ha pasado de moda. Hoy suena como que nos van a quitar el carro, pero lo cierto es que debemos ser capaces de desprendernos de una cantidad de cosas, no todas materiales: Momentos de disfrute con los hijos, momentos de sueño, encuentros sociales y muchas cosas más que pueden parecer y ser más atractivas. Tenemos que mirar las cosas a muy largo plazo. La madurez en los voluntarios ayuda a entender que nuestro trabajo no tiene efectos extraordinarios o mágicos.

Dentro de las actitudes que un voluntario no debe tener podemos citar:

- Esperar a que las cosas le lleguen
- Esperar a tener tiempo. Todos estamos ocupados y no vamos a tener tiempo ni siquiera cuando nos pensionemos, pues estaremos ocupados en cosas distintas a hoy. Debemos "fabricar" el tiempo para el voluntariado, separarlo y destinarlo y es posible que necesitemos ayuda pero no podemos esperar a que llegue solo. La falta de tiempo es la principal tentación para abandonar el trabajo... "Es que ya no tengo tiempo".
- Pensar que se necesita tener plata.
- Pensar que se necesitan palancas.

Para terminar podemos concluir que para ser voluntario se necesita querer trabajar, tener paciencia y tener fe, cosas todas que tenemos que cultivar pues nacen de dentro de nosotros mismos. No podemos esperar que dependan de otro. La voluntad de servir está adentro, con todas las demás virtudes, porque servir siempre implica sacrificar algo de lo que está afuera y ponernos al servicio de los demás.

Conferencia dictada por María Mercedes de Brigard Merchán y publicada en el M@il PaPaz # 28, abril de 2006 con autorización del autor. Los conceptos emitidos comprometen únicamente al autor.